

las españolas. Sus experiencias en la educación, la asistencia social o la política aceleraron un proceso de cambio social que tenía como ingrediente principal la redefinición de los roles de género y, al constituir la espina dorsal de la movilización femenina del primer tercio del siglo XX en España, contribuyeron a minar el orden político y social del excluyente Estado de la Restauración.

Ésta fue, sin duda, una de las grandes paradojas de la militancia católica femenina. Podríamos detectar otra, no menos llamativa, que tuvo lugar durante la II República: la renuncia a las propuestas feministas que habían defendido en la década anterior. Cuando la religión y la familia peligraron, estas mujeres salieron a la calle para apoyar la reacción que impulsaban los monárquicos, las viejas elites y la jerarquía católica. Y esta inversión en el orden de prioridades apunta directamente a la complejidad de la participación de las mujeres en proyectos que se desenvuelven en estructuras jerárquicas o que están sometidos a una disciplina esencialmente masculina. Para abordarla es necesario explicar de qué manera las mujeres articularon sus distintas identidades y fidelidades en diferentes contextos, lo que implica, tal como ha efectuado Inmaculada Blasco de manera contundente, concederles el es-

tatus de sujetos históricos activos que adoptaron determinadas posiciones en el seno del movimiento católico, así como con respecto a la crisis social, política y cultural que les tocó vivir.

**Ángela Cenarro.**

**EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.), *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, 288 pp., ISBN 13-978-0-521-82178-0.**

La simplificación y el maniqueísmo categórico han sido, desde sus mismos orígenes, pesados lastres para la historiografía dedicada a la Guerra Civil española. La mitificación primero y la propaganda después han reducido en muchas ocasiones la guerra a bipolaridades y estandarizaciones como las que se escuchaban antaño (la lucha de España contra la anti-España) u otras cuyos ecos resuenan aún en nuestros días (la lucha del fascismo contra la democracia, la de la religión secular contra la civil, la del “pueblo” contra la opresión, etc.). La Guerra Civil sigue vigente como guerra de palabras, de definiciones, de ideas y significados. Pero, a juicio de los compiladores de este volumen, esos reduccionismos deben ser suplantados

por interpretaciones en las que prevalezca la complejidad, con el empleo de conceptos -identidad, género, tradición, memoria- y de categorías -violencia, nacionalismo, religión- donde se preste una especial atención a la esfera cultural, a la construcción de las percepciones y las ideologías. Son esos aspectos *transversales*, los que pueden desmontar las polaridades interpretativas, los que se afrontan en este libro.

Una historia cultural o, mejor, una historia de las culturas políticas durante el conflicto. Si este último concepto, según la articulación de Rafael Cruz, es el «repertorio de símbolos con los que los diferentes grupos sociales con-truyen, experimentan y adquieren significados sobre las relaciones políticas» (*En el nombre del pueblo*, p. 8), este libro es sin duda una valiosa revisión de esos símbolos, de las complejas cosmovisiones de los actores de la guerra y de sus medios de popularización. Y, precisamente por eso, el primer repertorio simbólico que se afronta es el de la percepción en bloque y en sí misma de la Guerra Civil, una vez acalladas las armas. Es decir, su “memoria”: la expresión y la ritualización pública de la identidad ligada a la victoria de 1939. El Estado franquista guardó para sí el derecho exclusivo al sentimiento patriótico (p. 6). Sin embargo, durante la misma guerra eso fue moneda común tanto

de “nacionales” como de “republicanos”, tal y como demuestra Xosé-Manoel Núñez Seixas, analizando fundamentalmente a través de la propaganda los diferentes discursos y repertorios simbólicos excluyentes a través de los cuales las identidades propias y ajenas fueron articuladas durante la contienda; la imagen resultante es la de una guerra *no sólo* entre naciones: también es la de una guerra entre nacionalismos.

Las identidades y sus traslaciones a realidades políticas concretas, de hecho, son objetos de análisis —en su complejidad, diversidad y larga duración— centrales en este volumen: complejas identidades nacionales rayanas en el populismo, como las puestas en evidencia para la Cataluña en guerra por Enric Ucelay-Da Cal —un modelo alternativo de explicación de la política catalana entre 1936 y 1939 que, si bien parte de la dificultad intrínseca de definir el término *stricto sensu* (p. 95), cuestiona brillantemente algunos de los tópicos sobre la política en Cataluña durante la guerra más arraigados en la historiografía española. Identidades políticas múltiples e interrelacionadas como las analizadas por Pamela Radcliff para el caso de la ciudad de Gijón, donde la cultura de alianzas previa a la guerra —y reforzada durante la misma— configuró un paisaje (político,

simbólico y urbano) muy distante de los lugares comunes al uso sobre la vida política en las retaguardias republicanas. O articulaciones político-identitarias como las analizadas para el caso carlista en Navarra por Fco. Javier Caspístegui: una nebulosa de tradiciones históricas, relatos homogeneizadores y canales de movilización —amplificados hasta el extremo por el contexto de guerra civil— que, independientemente de su utilidad política en la España de Franco, tuvo como cristalización práctica más evidente la identificación última entre Carlismo y “pueblo navarro”.

En todas esas articulaciones de símbolos e imágenes, un espacio central fue siempre reservado para la violencia pues, de hecho, los relatos sobre la misma fueron desde los mismos años Treinta una amalgama identificadora sobre los cuales asentar las cosmovisiones propias y ajenas sobre las que se construyeron las justificaciones retóricas del conflicto bélico, antes, durante y después del mismo. Tres “mitos” al respecto son afrontados en este libro, aunque puedan resumirse en una hipótesis dominante: que la violencia no fue ni pudo ser “irracional”, “incontrolada” o “espontánea” sino, antes bien, racional, articulada en una serie de repertorios y medios determinados y encaminada hacia

unos objetivos concretos (tal y como señala Chris Ealham, p. 115). Por un lado, la supuesta “invasión” de la violencia política en la vida pública republicana es analizada sin maniqueísmos y con un afilado bisturí conceptual por Eduardo González Calleja quien, más allá de desautorizar ciertas visiones sobre el período, traza una visión compleja sobre el carácter relacional de la violencia durante el mismo que ayuda sobremanera a entender su inusitado —y, esa vez sí, invasor— empleo tras el golpe de Estado de julio de 1936: si el Estado había perdido el monopolio sobre la coerción y ésta se había «monopolizado» y «privatizado», acabaría por convertirse en un lenguaje común, un canal habitual de comunicación política, un ejercicio “necesario”, casi ineludible, para la revolución y para la contrarrevolución (p. 41, fundamentalmente). Por otro lado, la violencia contra la religión católica desarrollada en las retaguardias republicanas, que aquí Mary Vincent analiza no tanto desde su trascendencia histórica cuanto desde sus formas explícitas: algo, por extraño que parezca, no tan habitual entre quienes se han dedicado al estudio de tan extrema, sensible y, por ello, manipulable *a posteriori* forma de violencia ritual (p. 75) que la autora separa brillantemente de la tradición secularizadora en lo

político y pone, antes bien, en relación con las prácticas de origen religioso. Y por fin, los repertorios de violencia revolucionaria, ligados (magistralmente) a los deseos de traslación del profundo cambio político a las estructuras básicas de sociabilidad y urbanismo en Barcelona, tal y como relata Chris Ealham. Con ello, la imagen resultante tras el análisis histórico libre de prejuicios es la de una violencia a la que se otorgó un carácter “salvífico”, renovador, “necesario” para la revolución, para la conquista del poder, para el derribo del antiguo orden.

Todo ello se resume en la capacidad movilizadora que los símbolos, las imágenes y las retóricas identitarias tuvieron a lo largo de la contienda. Desde el análisis en la prensa escrita de estas últimas, generadas por los insurrectos en 1936, nace el artículo de Rafael Cruz: un breve ensayo de cómo lo sagrado y lo laico (aunque predominando lo primero), lo “tradicional” y lo “nuevo”, los símbolos políticos y del poder, fueron investidos tras el fracaso del golpe de Estado de 1936 de nuevos significados. El culto a la bandera y a los símbolos religiosos, las paradas militares y los funerales de masa, entre otros elementos, contribuyeron poderosamente a separar los repertorios simbólicos de los sublevados y de la República, cuando no a la impo-

sición, a veces sin solución de continuidad, de los unos sobre los otros. Parecida conclusión, en definitiva, a la que llega Michael Richards en su análisis de las liturgias rituales en la Semana Santa malagueña durante la guerra: un lugar donde el “desagravio” religioso fue tanto o más fuerte que en el resto de la España franquista, precisamente por haber estado la capital andaluza bajo dominio republicano antes de febrero de 1937. Y un lugar donde se concretaron, posiblemente más que en ningún otro hasta esa fecha, la comunión última entre la violencia y lo sagrado, entre la sangre y su carga de purificación.

En definitiva, estamos ante una apuesta decidida por el análisis de los contenidos culturales de algunos de los procesos políticos y sociales más relevantes de los acaecidos durante, y determinados por, la Guerra Civil española. Una apuesta meritoria con unos brillantes resultados que erigen este volumen en un punto de referencia, a nuestro juicio, ya ineludible no solamente para el estudio de diez temas concretos sino, sobre todo, de los elementos culturales, simbólicos, identitarios que, por no encontrarse en la superficie misma del relato sobre el pasado traumático de la Guerra Civil, muchas veces pasan desapercibidos.

**Javier Rodrigo.**

**CABEZAS, Octavio, *Indalecio Prieto, socialista y español*, Madrid, Algaba, 2005, 765 pp, ISBN 84-96107-45-0.**

La personalidad de Prieto recorrió la primera mitad del siglo XX, siendo su acción política especialmente relevante entre la crisis de la monarquía parlamentaria y el segundo franquismo. Para el socialismo español, Prieto representa una tradición de reformismo democrático que lo ha convertido en uno de sus principales referentes históricos, como se revela incluso en el momento actual. La defensa que hizo Prieto de la colaboración política del socialismo con la familia republicana liberal, encabezada por Manuel Azaña, durante la experiencia democrática frustrada de la Segunda República, lo convirtió en el principal referente del PSOE durante los años treinta, aunque nunca llegara a presidir el gobierno como sí lo hicieron en cambio sus correligionarios Francisco Largo Caballero y Juan Negrín. No obstante, el cénit de su liderazgo le llegó a Prieto durante la inmediata posguerra, después de encabezar la gestión de la ayuda a los refugiados de la guerra civil, liderar la reconstrucción del partido y fomentar la apertura política hacia sectores desga-

jados de la coalición contrarrevolucionaria del franquismo, como los monárquicos y los católicos. Sus llamadas a la reconciliación de los españoles prestaron sustento moral a su proyecto de transición y plebiscito y constituyen un antecedente directo de la España democrática actual.

Aunque ya existían algunos estudios biográficos sobre Prieto, debidos a la pluma de Alfonso Carlos Saiz Valdivieso o de José Carlos Gibaja, se puede decir que el libro de Octavio Cabezas será durante muchos años la principal obra de referencia. Esta biografía de Indalecio Prieto tiene dos virtudes principales: la utilización selectiva del importante archivo del personaje y una redacción amena, de corte periodístico.

El archivo de Prieto, conservado en Madrid en la Fundación dedicada a su memoria, resulta especialmente interesante en lo tocante a la etapa final de su vida política, la que se abre con la derrota en la guerra civil y el exilio en México y Francia. La obsesión de Prieto por rendir cuentas de su gestión al frente de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles y la situación misma de diáspora de los socialistas trajeron consigo que la conservación de papeles y correspondencia fuera exhaustiva. El archivo resulta fiel reflejo de la asombrosa capacidad de